



dossier
vida
cristiana

SOBRE LA FORMACIÓN PROFESIONAL

Para ser sal y luz

Maeves Javaloyes
y Teresa Escobar (ed.)

Sobre la formación profesional

Para ser sal y luz

Coordinadoras de la edición:

Maeves Javaloyes / Teresa Escobar

© 2023 Fundación Studium

ISBN: 978-84-09-57103-1

www.opusdei.org

Índice

Introducción.....	1
1. La reflexión sobre mi propio trabajo.....	3
2. Una formación para ser Cristo en el trabajo	12
3. Ciudadanos que trabajan con los demás.....	24
4. El liderazgo del servicio	37
5. El proyecto profesional integrado en la misión	48

Introducción

San Josemaría solía considerar cinco aspectos de la formación que ofrece el Opus Dei: el humano, el espiritual, el doctrinal-religioso, el apostólico y el profesional. Todos ellos buscan lo mismo: ayudarnos a encontrar a Cristo en la vida ordinaria, a imitarle y a hacerlo presente en nuestro entorno, siendo “sal y luz para los demás”, pues “esa es la santidad de todos los días”. Jesús es “la luz del mundo” (Jn 8,12), pero él mismo nos transmite su misión —“vosotros sois la luz del mundo”, “vosotros sois la sal de la tierra”— y nos anima a no volvernos sosos ni escondernos, para que a través de las buenas obras los demás puedan reconocer a Dios (cfr. Mt 5,13–16).

En el ámbito laboral, “si has de ser sal y luz, necesitas ciencia, idoneidad”, afirma san Josemaría. Más allá de la educación o el aprendizaje, que nos capacitan para el ejercicio de una profesión o un oficio, ¿en qué consiste esta idoneidad, desde un punto de vista cristiano? ¿Cuál es el significado específico de la formación profesional que puede ofrecer el Opus Dei?

Esta serie desgrana el impacto de la formación en la santificación del trabajo. Para identificarnos con Cristo en nuestro ejercicio profesional, necesitamos alimentar nuestra dimensión espiritual, profundizar intelectualmente en nuestro quehacer, capacitarnos para hacer el bien, crecer en amistad y ganar en competencia. Nos planteamos la adquisición y mejora de competencias y habilidades como oportunidad para servir mejor, no como búsqueda del éxito personal.

En un sentido más amplio, mediante nuestro trabajo y las relaciones que establecemos a través de él contribuimos como ciudadanos a constituir una sociedad —y una historia— acorde a la dignidad de la persona y a su búsqueda de sentido.

En el recorrido vital, por último, la formación nos ayuda a mantener el foco en la meta sobrenatural, a integrar los distintos aspectos de la vida sin que el eje profesional sea el único y a vivir abiertos a cambiar de rumbo si está en juego un bien mayor.

[Volver al índice](#)

1. La reflexión sobre mi propio trabajo

Un estudiante que realiza un semestre en una universidad extranjera. Una veterana funcionaria municipal. Un diseñador *freelance* que trabaja desde casa. Una profesora de instituto que empieza el curso. Un ingeniero que ha emigrado. Una enfermera que acaba de conseguir mejores condiciones laborales. Un dependiente que ha sufrido una reducción de jornada y sueldo. Una peluquera que ha cerrado su peluquería durante la pandemia. Un padre o una madre que se ocupan de los hijos pequeños. Una recién graduada que busca su primer empleo. En estas, u otras, situaciones profesionales y personales se encuentran numerosos cristianos que quieren seguir los pasos de Jesús–trabajador con la guía que les ofrece la formación en el Opus Dei. El artesano de Nazaret es su principal modelo (*Mt 13,54–58*).

En toda vida hay un recorrido pasado y un proyecto futuro, a veces luz y a veces sombra, alegría y sufrimiento, decisiones acertadas y erróneas, ilusiones y dudas, un impacto personal, familiar y social. Cada uno de nosotros, desde su singularidad, con su historia y sus circunstancias, está llamado a santificar el trabajo, a santificarse en el trabajo y a santificar a los demás en el trabajo.

Para poder realizar esta misión, san Josemaría insistía en la necesidad de prepararse bien. “Si has de ser sal y luz, necesitas ciencia, idoneidad”¹. “Hijos de mi corazón, para que la siembra sea eficaz, necesitáis que haya un refuerzo en la parte espiritual, otro en la parte psicológica, otro en la parte profesional”². “No basta el deseo de querer trabajar por el bien común; el camino, para que este deseo sea eficaz, es formar hombres y mujeres capaces de conseguir una buena preparación, y capaces de dar a los demás el fruto de esa plenitud que han alcanzado”³.

El Opus Dei se compromete a dar una formación cristiana que atañe a todas las dimensiones de la persona, incluida la profesional. Sin embargo, la preparación intelectual y técnica que cada ocupación requiere se adquiere en las instituciones de enseñanza y capacitación propias de cada país y en la misma experiencia laboral, no en la Obra. El Opus Dei como tal tampoco imparte cursos de *mentoring*, *soft skills* o marca personal, por poner ejemplos relacionados con el ámbito laboral. ¿En qué consiste, pues, esta formación profesional? En los siguientes artículos de la serie se desarrollan algunas reflexiones.

Hoy, para mí: formación para mi vida

El mensaje de san Josemaría sobre la santificación del trabajo, la transformación del mundo desde dentro y el lugar central que ocupa la profesión en la vida social llevan al cristiano a profundizar en la importancia del trabajo como eje de su vocación y misión en medio del mundo, con sus posibilidades y sus desafíos. Consagrar el mundo a Dios desde dentro, manifestar la fe del Evangelio en el entorno, servir a los demás

y humanizar las estructuras son algunas de las manifestaciones de la identificación de los fieles laicos con Cristo, sacerdote, profeta y rey, por el bautismo⁴.

Todos los trabajos, desde los más establecidos y regulados hasta los más creativos y *part-time*, requieren esa reflexión por parte de quien los realiza. Habrá aspectos comunes, porque “esta dignidad del trabajo está fundada en el Amor”⁵, “ha de ser una ofrenda digna para el Creador”⁶, “manifiesta el amor, se ordena al amor”⁷. Otros, en cambio, serán muy personales, en función de la relación de cada uno con Dios, de su sentido de ofrecimiento unido al de Cristo en la Cruz y en la Santa Misa, de su deseo de servir y del propio conocimiento de las características de su quehacer profesional.

En el vasto entramado de aspectos que tejen el trabajo profesional, hay dos que solo cada uno puede ponderar y descubrir: en qué consiste santificar ese trabajo concreto que realizo y cómo hacerlo en las circunstancias precisas y actuales de mí mismo y del entorno.

Santificar el trabajo, para un oncólogo, incluye desde el esfuerzo para estar a la última en la investigación hasta la escucha empática del paciente; para un conductor de autobús, desde el modo de tomar una curva hasta la sonrisa que ofrece a los pasajeros; para un arquitecto, escuchar al cliente para servir a sus necesidades y asegurar la calidad de las soluciones y la belleza del resultado. La respuesta a “¿qué manifestaciones tiene santificar mi trabajo?” será variada para una deportista profesional, el reponedor de un supermercado, un *youtuber*, un abogado de oficio, una directora comercial, un cocinero, una soprano, un agricultor, una *community manager*,

un maestro o un conductor de camión. Y también tendrán que hacer su propio recorrido reflexivo quienes se jubilan, están en paro o sufren una invalidez.

Además de lo específico de cada dedicación profesional, la prudencia juega un papel clave a la hora de cultivar determinadas actitudes y tomar determinaciones acertadas. Alguien a punto de jubilarse puede afrontar con dejadez o con entusiasmo el último tramo de su vida laboral. Una mujer casada debe afrontar los retos de una posible maternidad en un entorno que habitualmente desconfía, desaprueba o rechaza embarazos y bajas maternales. Una economista o un abogado pueden encontrarse en situaciones contrarias a lo que su conciencia les dicta que es justo. En situaciones de pobreza o inestabilidad, una pareja puede valorar si uno de ellos emigra para asegurar el sostenimiento de la familia. Otras veces la duda será si reducir la jornada de trabajo para cuidar a padres dependientes, hijos pequeños, miembros enfermos de la familia.

Las condiciones legales, laborales, económicas, educativas, sociales o políticas de cada país determinan muchas de las facilidades y dificultades que se presentan en la vida profesional, y la prudencia ayuda a valorarlas y buscar los medios oportunos para tomar decisiones.

Algunos retos contemporáneos

La realidad que conforma el ámbito del trabajo, pues, presenta complejidades que todos experimentamos en mayor o menor medida. Quizás algunas de las más relevantes en la

actualidad, que exponemos a continuación, nos aportan luz sobre los aspectos en los cuales la formación nos ayuda a santificar el trabajo hoy y ahora.

Desde hace años se arrastra la necesidad de un estudio profundo, fruto de la reflexión y de un conocimiento sapiencial de lo humano, frente a la superficialidad y el empobrecimiento que pueden suponer el predominio de lo tecnológico y la especialización. La abundancia de formación no implica asimilación si no va acompañada de contemplación, reflexión, diálogo o lecturas que valgan la pena: “Cuando alguien no aprende a detenerse para percibir y valorar lo bello, no es extraño que todo se convierta para él en objeto de uso y abuso inescrupuloso. Al mismo tiempo, si se quiere conseguir cambios profundos, hay que tener presente que los paradigmas de pensamiento realmente influyen en los comportamientos”⁸, señala el Papa.

Otro reto de la mentalidad actual es recuperar la alegría de compartir y la riqueza de las relaciones humanas ante una sofocadora cultura del éxito. La exigencia de resultados, la autoimposición del rendimiento como medida de calidad, los procesos que pasan por encima de las personas, el *mobbing* sufrido, pueden acabar en frustración, agotamiento, fracaso o desaliento, y llevar incluso a la enfermedad física o psíquica. Francisco reivindica la necesidad de no perder de vista lo fundamental: “Busquen priorizar espacios donde la cultura de la eficacia, el rendimiento y el éxito se vea visitada por la cultura de un amor gratuito y desinteresado capaz de brindar a todos (...) posibilidades de una vida feliz y lograda”⁹.

También supone un reto, en muchos casos, conciliar tiempos y prioridades. “La familia es un gran punto de verificación. Cuando la organización del trabajo la tiene como rehén, o incluso dificulta su camino, entonces estamos seguros de que la sociedad humana ha comenzado a trabajar en contra de sí misma”¹⁰, advierte el Papa. Y no solo en relación con la familia. También necesitamos tiempo para el descanso o el deporte, para visitar un museo o quedar con los amigos, para colaborar con una asociación o seguir un tratamiento médico, para asistir a un curso o visitar enfermos. Tiempo para la formación cristiana y la vida de relación con Dios.

Por otro lado, el mundo del trabajo en sí está acelerando su evolución. Continúa el proceso de transformación digital en muchos sectores, y han aparecido nuevas formas de trabajo, más colaborativas, por proyectos, en modalidad de teletrabajo... Los aspectos positivos, como la mayor flexibilidad, creatividad y cooperación, conviven con otros negativos, como la mayor precariedad. Pocos jóvenes desean entrar a trabajar en una empresa con un puesto fijo y jubilarse en ella, como quizás han hecho sus padres o abuelos. A la vez, las nuevas plataformas facilitan que las pasiones y los conocimientos de cada uno puedan ser la base de una dedicación profesional con la que ganarse la vida.

Las transformaciones anteriores han facilitado la aparición de nuevas profesiones. En paralelo, la inserción laboral supone una dificultad en muchos países, afectados por la crisis económica. Conseguir un primer trabajo estable en el caso de los jóvenes, reincorporarse tras una temporada en paro a una cierta edad, reciclarse en un sector que ha cambiado rápidamente o afrontar prejubilaciones son algunas de las

situaciones que más sufrimiento provocan en las personas y en las familias.

Por último, se ve clara la necesidad de construir alrededor del trabajo estructuras que lo humanicen: la legislación laboral, los salarios, las condiciones de seguridad, los contratos, los beneficios y tantos otros aspectos deben configurarse de forma justa. Una especial atención requiere asegurar la plena incorporación de la mujer a la vida laboral y pública y dar respuesta a sus desafíos (techos de cristal, brecha salarial, peaje de la maternidad...).

Una vida integrada, una formación unitaria

Para afrontar estos desafíos, tanto los personales como los referidos a la situación del trabajo en cada sociedad, es necesaria una formación unitaria e integral, que involucre a toda la persona en sus distintas dimensiones. Por ejemplo, ayudar a cultivar virtudes como la paciencia, la fortaleza, la audacia, la humildad o la constancia es una gran aportación a la preparación necesaria hoy para afrontar desafíos como los anteriores.

Por *formación* no se entiende principalmente la transmisión de unos contenidos o conocimientos, sino más bien un proceso personal de desarrollo, crecimiento y maduración, que persigue la identificación con Jesucristo, hombre y Dios, con los acentos propios del espíritu del Opus Dei. Así, las distintas facetas de la formación nos ayudan a relacionarnos con Dios en el trabajo, descubrir la verdad y el bien relacionados con la profesión, ejercitar las virtudes, buscar la calidad y amar mejor a las personas con quienes nos relacionamos. Una vida caracterizada por un gran amor a la libertad que conlleva una

gran responsabilidad y tiene como consecuencia un deseo personal para mejorar día a día, contando con los medios que la Obra proporciona a sus fieles y a quienes participan de sus medios de formación¹¹. De este modo, el proyecto vital y profesional está integrado en la misión a la que hemos sido llamados.

El trabajo vertebra la realidad completa de la vida de la persona. Mediante el trabajo —que junto con la filiación nos establece en el mundo (“¿No es éste el hijo del artesano? ¿No se llama su madre María y sus hermanos Santiago, José, Simón y Judas?”¹²)— aprendemos a ser ciudadanos con los demás y a liderar desde el servicio.

Por ese motivo es posible abordarlo desde todas las vertientes de la formación: “La formación de los fieles del Opus Dei, que comienza cuando dan sus primeros pasos en la Obra y dura hasta el mismo momento de la muerte, comprende los aspectos humano, profesional, espiritual, apostólico y doctrinal; aspectos que se compenetrán armónicamente entre sí, como conviene a la fuerte unidad de vida característica del espíritu del Opus Dei, y que es recomendada insistentemente por la Iglesia a todos los fieles¹³.

Este desarrollo armónico y equilibrado de actitudes y virtudes apuntalan un modo cristiano de vivir, porque la llamada a la santidad y al apostolado se realiza precisamente en el propio trabajo profesional y mediante el ejercicio del trabajo profesional; con él nos sostenemos, sostenemos a nuestras familias y colaboramos a mantener iniciativas para el bien de todos; ejercitamos el sacerdocio común de los fieles con el testimonio y las relaciones interpersonales¹⁴.

De la mano de san José, padre trabajador, “la crisis de nuestro tiempo, que es una crisis económica, social, cultural y espiritual, puede representar para todos un llamado a redescubrir el significado, la importancia y la necesidad del trabajo”¹⁵.

Teresa Escobar

¹ San Josemaría, *Camino*, 340.

² San Josemaría, *Mientras nos hablaba en el camino*, p. 245.

³ San Josemaría, *Conversaciones*, n. 73.

⁴ Cfr. *Lumen Gentium*, 34–36.

⁵ San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 48.

⁶ San Josemaría, *Amigos de Dios*, n. 55.

⁷ San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 48.

⁸ Francisco, *Laudato Sì*, 215.

⁹ Francisco, *Discurso en el encuentro con los Obispos*, Tokio, 23–XI–2019.

¹⁰ Francisco, Audiencia general, 19–VIII–2015.

¹¹ Cfr. Prelatura de la Santa Cruz y Opus Dei, *Ratio Institutionis*, Roma, 2007, n.8.

¹² *Mt* 13,55.

¹³ Prelatura de la Santa Cruz y Opus Dei, *Ratio Institutionis*, Roma, 2007, n. 4.

¹⁴ *Íd.*, n. 6.

¹⁵ Francisco, *Patris Corde*, n. 6.

[Volver al índice](#)

2. Una formación para ser Cristo en el trabajo

¿Quién no ha soñado alguna vez con vivir una gran aventura? Una aventura en la que se escondan descubrimientos inimaginables, que saque a la luz el potencial para superar las limitaciones personales, desconocido hasta entonces, una aventura llena de encuentros y compartida con otros compañeros de viaje. De eso trata la santidad que cada uno sueña alcanzar: una gran aventura de relación con Dios en medio del mundo.

Para un comerciante, un ingeniero, un estudiante o un asistente sanitario, esta aventura de la santidad se desarrolla alrededor de su trabajo profesional, día a día, con esfuerzo, con ilusión, con ganas o sin ellas, colaborando con otros colegas codo a codo o en *smart working*. Para muchas personas, el trabajo es el eje, el centro en torno al cual giran la santidad y el apostolado en medio del mundo, y su alcance se refleja en esa expresión de san Josemaría: *santificar el trabajo, santificarse en el trabajo y santificar a los demás con el trabajo*.

Una declaración de intenciones y una meta en la que está implícita la necesidad de tener recursos para llevarla a término. ¿Quién sale a correr sin zapatillas o pone en marcha un proyecto sin una inversión? Aquí no se trata de recursos aislados, herramientas o estrategias, sino que estamos

hablando de formarse en todas las dimensiones vitales para llegar a ser Cristo en el trabajo.

Nuestro encuentro personal con Dios en el trabajo

La dimensión que resulta más evidente es la dimensión espiritual, ya que se centra en vivir el trabajo con amor, como lugar de encuentro con mi Padre Dios, procurando presentarle una *ofrenda agradable*¹, unida al sacrificio del Hijo en la cruz que se actualiza en cada celebración de la Misa². Se trata de buscar activamente hacer la tarea juntos, *por Él, con Él y en Él*³, como ocasión de servicio, un servicio directo —como es el caso de tantas profesiones: cocineros, repartidores, maestros, psicólogos— o indirecto, porque todo trabajo es un servicio a la sociedad. Esto se extiende a las acciones concretas de toda la jornada hasta llegar a hacer, como enseñaba san Josemaría, de la mesa de estudio, de la oficina, la cátedra, el taller o el campo, un altar en el que Dios nos espera cada día⁴, donde vamos depositando una hora tras otra de nuestra existencia.

Por nuestra parte, la dimensión espiritual significa también el esfuerzo por no olvidar que lo importante de nuestro trabajo no es lo que nosotros hacemos, sino lo que Dios obra a través de nosotros. Levantamos a menudo el corazón para glorificar, agradecer, pedir perdón y pedir ayuda a Dios en correspondencia con los fines de la Misa (adoración, acción de gracias, reparación y petición⁵). Y caemos en la cuenta de que Dios nos ve, nos escucha y nos sonrío, pues contempla el esfuerzo que hacemos para amarle.

La perseverancia en el trabajo supone cansancio, fatiga; una fatiga física para quien trabaja en el sector de la construcción o esculpiendo una obra de arte, una fatiga mental para quien

escruta una pantalla creando un nuevo algoritmo o ha de atender con amabilidad al siguiente pasajero. La formación espiritual nos ayuda a ver este esfuerzo como una ocasión de estar más cerca de Cristo, que *cargó sobre sí nuestros dolores*⁶, más cerca de Dios Redentor. En definitiva, el trabajo santificado (por Cristo, con Él y en Él) *nace del amor, manifiesta el amor y se ordena al amor*⁷. El amor de Cristo al Padre y a nosotros —sus hermanos, los hombres— es el principio vivificador y unificador de toda su actividad y misión; y también lo es de nuestro trabajo, cuando cuidamos del mundo y de los demás, intentando imitar a Jesús, siendo uno con Él.

La comprensión intelectual del sentido del trabajo

Si tuviéramos que definir qué es lo que da sentido a nuestra existencia, lo que nos configura como personas, lo que nos coloca en el mundo, uno de los aspectos que subrayaríamos es nuestro trabajo. Incluso si el que estamos realizando ahora mismo no es “el trabajo de mis sueños”. Por contraste, ¿qué sería nuestra vida sin trabajar? *La vocación que Dios nos da es muy hermosa: crear, re-crear, trabajar*, señalaba el Papa Francisco; *el trabajo involucra al hombre en todo: en su pensamiento, en su acción, en todo*⁸. Este papel fundamental del trabajo a la hora de dar sentido a nuestra existencia, requiere una profundización desde el punto de vista filosófico y teológico. Esta es la formación que necesitamos en el plano intelectual: cuanto más comprendamos esta realidad —que Dios *tomó al hombre y lo colocó en el jardín de Edén para que lo trabajara y lo guardara*⁹, es decir, el sentido vocacional del trabajo humano—, más entenderemos la dignidad que

comporta, porque nos hace parecernos a Dios, manifiesta nuestro ser *a imagen y semejanza* suya¹⁰.

Esta aproximación puede realizarse desde diversas disciplinas, para comprender con más profundidad la Creación, la dimensión redentora de los años en que Cristo estuvo trabajando con José, el sacrificio de la Cruz, la acción del Espíritu Santo en la historia, el papel de los laicos en la cristianización de la sociedad, etc. De especial importancia, por supuesto, es todo lo que se refiere a la virtud de la justicia y a los requerimientos morales de cada profesión. Por eso el estudio nos ofrece perspectivas nuevas para entender cómo santificar el propio trabajo y reforzar nuestro deseo de hacerlo.

Junto a lo anterior, está siempre presente la necesidad de profundizar en la dimensión social y de transformación del mundo que tiene la propia dedicación profesional. *Debemos recibir una formación tal que suscite en nuestras almas, a la hora de acometer el trabajo profesional de cada uno, el instinto y la sana inquietud de conformar esa tarea a las exigencias de la conciencia cristiana, a los imperativos divinos que deben regir en la sociedad y en las actividades de los hombres*¹¹, en palabras de san Josemaría. Quien tiene una experiencia del trabajo como lugar de santificación desea que esa experiencia llegue a todas las personas, no solo proporcionando medios espirituales para dotar de sentido el trabajo que cada cual pueda tener, sino procurando activamente que todos tengan trabajos dignos y significativos.

Más capaces para el bien

La realización cotidiana del trabajo proporciona una oportunidad para el ejercicio de las virtudes humanas. Es un

lugar de entrenamiento muy útil para todos aquellos que quieren mejorar en su calidad como personas: como en todo gimnasio, para llegar a un nivel alto de satisfacción se requiere frecuentarlo con constancia, aunque en este caso se suma, por la gracia, una gran dosis de ayuda sobrenatural.

La formación humana, hoy y ahora, ayuda a poner el foco de atención en virtudes que nos capacitan para hacer realidad ese deseo de servir a las demás personas, virtudes que podríamos llamar sociales. Por ejemplo, cabría fomentar que en el trabajo se ponga en práctica la escucha interesada y activa, con afán de aprender de los demás. En la relación con cada uno, como explica el Papa al hablar de la conversación entre Jesús y el joven rico: *Cuando escuchamos con el corazón sucede esto: el otro se siente acogido, no juzgado, libre para contar la propia experiencia de vida y el propio camino espiritual*¹². Pero también en sentido más amplio: *El Espíritu nos pide que nos pongamos a la escucha de las preguntas, de los afanes, de las esperanzas de cada Iglesia, de cada pueblo y nación. Y también a la escucha del mundo, de los desafíos y los cambios que nos pone delante. No insonoricemos el corazón, no nos blindemos dentro de nuestras certezas. Las certezas tantas veces nos cierran. Escuchémonos*¹³.

Muy unida a este aspecto, la virtud de la humildad nos lleva a reconocer que necesitamos de los otros, así como a darnos cuenta de lo que podemos aportar y a hacerlo generosamente. La capacidad de colaborar con otros y contar con todos es una exigencia de nuestro mundo laboral; si bien se pueden aprender técnicas y habilidades, la virtud cristiana añade además una actitud vital, un interés real por la otra persona, queriendo —y con la práctica sabiendo— fomentar la libertad

y la responsabilidad de cada uno, y poniendo en juego sus talentos.

Otra virtud que se desarrolla es el compromiso, una palabra que a veces provoca pavor. Sin embargo, lo que tendría que llevarnos a la reflexión es qué consecuencias comporta el miedo al compromiso. ¿Cómo puedo construir algo valioso que permanezca en el tiempo sin compromiso? ¿Se puede llegar a una meta sin dejar por el camino otras posibilidades? Conocemos bien la respuesta y no cabe duda de que, al igual que en otros campos personales, también en el trabajo el compromiso puede ser arduo, porque implica renunciaciones o requiere un esfuerzo continuado.

El compromiso también es imprescindible para vivir la honradez, la justicia y la responsabilidad social. Facilita la capacidad de ser fiel a lo que la propia conciencia señala como justo, incluso aunque estén extendidos comportamientos contrarios en nuestro entorno profesional. Refuerza la preocupación activa por humanizar los entornos laborales y promover entre todas condiciones dignas de trabajo.

Disfrutar con los demás

En las relaciones interpersonales, la benevolencia y la magnanimidad con los demás son cualidades muy apreciadas. En una sociedad individualista y competitiva como la nuestra, son virtudes que manifiestan la caridad, y un cristiano quiere desarrollarlas y transmitir las en su ambiente sin caer en la ingenuidad o la simple filantropía, y a riesgo de que a veces la bondad sea vista como una debilidad. Aprender a pedir perdón, a rectificar y sobre todo a perdonar. Ser honesto con uno mismo y con los demás. Ser sincero y leal en las relaciones

con los compañeros. Tratar con afabilidad y paciencia a los clientes. El elenco de virtudes podría ser largo, tanto como cada uno quiera, y el deseo de ser mejor y querer mejor a los compañeros de viaje forma parte de esa aventura que significa la vida profesional.

El ámbito del propio trabajo es el entorno natural para que se creen muchas y sólidas amistades, como recuerda el Prelado del Opus Dei en su carta del 1.XI.19¹⁴, así como para sembrar la paz y la alegría tan propias del espíritu cristiano. San Josemaría, citado por el Prelado, lo explica así: *Bien puede decirse, hijos de mi alma, que el fruto mayor de la labor del Opus Dei es el que obtienen sus miembros personalmente, con el apostolado del ejemplo y de la amistad leal con sus compañeros de profesión: en la universidad o en la fábrica, en la oficina, en la mina o en el campo*¹⁵. Es un espacio para compartir afanes, colaborar mutuamente y dedicar muchas horas a desarrollar una tarea común; esto fortalece los vínculos y da espacio al conocimiento mutuo, a la vez que impide instrumentalizar las relaciones, reduciéndolas a una ventaja dentro de la cultura del éxito inmediato. *Que nazca una amistad tiene mucho de don inesperado*¹⁶, recuerda el Prelado, *este don de Dios que nos transmite consuelo y alegría*¹⁷ y nos recuerda el amor gratuito de la Trinidad por cada uno. A la vez, se convierte en una tarea grata y compartida, pues *la amistad misma es un diálogo, en el que damos y recibimos luz; en el que surgen proyectos, en un mutuo abrirse horizontes; en el que nos alegramos por lo bueno y nos apoyamos en lo difícil; en el que lo pasamos bien, porque Dios nos quiere contentos*¹⁸.

Y con competencia profesional

Además de la formación en las virtudes, la formación profesional es parte fundamental para la propia santificación y una herramienta específica para afrontar los desafíos culturales y sociales de la sociedad de hoy. La competencia profesional es esencial para que un trabajo se pueda santificar, ya que primero hay que hacerlo bien, tan bien como cualquier persona; y si es posible, mejor, pues va a la par con nuestros deseos de perfeccionar la creación, adorar al Creador y colaborar en la *corredención*¹⁹, poniendo en ejercicio el alma sacerdotal adquirida en el Bautismo, siendo Cristo en el trabajo.

A los primeros de la Obra, san Josemaría insistía en que la formación intelectual y profesional lleva a *buscar los relieves, no las llanuras*²⁰, en la propia profesión y oficio. Esto es, impulsar a cada persona a desplegar plenamente su propia personalidad y sus capacidades en el ámbito en que pueda aportar más a la sociedad, ayudando a humanizar el propio entorno.

La capacitación y la titulación profesional se adquieren en las instituciones creadas para tal fin: universidades, escuelas técnicas, academias, plataformas *online* de formación, instituciones públicas que ofrecen cursos de actualización o inserción laboral... La oferta es amplia y variada, y hay que decidirse a aprovecharla. La ambición de llegar a más de un cristiano implica una continua y exigente capacitación profesional para estar al día, una *obligación a adquirir una conveniente formación profesional, que se adquiere en los mismos lugares que los demás ciudadanos*²¹.

La formación que proporciona la Prelatura

De todo lo anterior se deduce que quien busca ser santo en medio del mundo necesita una formación que repercuta en todos los ámbitos que entran en juego en el propio ejercicio profesional y ayude a que cada persona pueda vivir con madurez ese camino de identificación con Cristo. Esto es lo que la Prelatura proporciona.

En primer lugar, se nos impulsa a amar nuestra profesión, como lugar de encuentro con Dios y participación de su obra creadora, de forma práctica. Nos puede ayudar preguntarnos a lo largo del día cómo estoy transformando el mundo hoy. Quizás la respuesta contemple no reaccionar con agresividad a una situación tensa cuando se acerca un plazo, agradecer una ayuda de una colega, conceder una baja de maternidad sin hacer peligrar la reincorporación de la madre, tantos momentos y decisiones en los que estamos llamados a transformar el mundo, mejorar nuestro entorno y contribuir a llevarlo a Dios.

Además, la formación recibida nos ayuda a desempeñar nuestro trabajo de modo coherentemente cristiano, es decir, de acuerdo con la deontología propia de la profesión y con la iniciativa de quien busca colaborar en la construcción de una sociedad más humana. Y nos recuerda que hay que estudiar, conocer y ejercitar los requisitos éticos y morales con sentido de misión, y siendo ejemplares en el ejercicio profesional. Este aspecto requerirá una mayor inversión de tiempo y esfuerzo por parte de abogados, ginecólogos, funcionarios de aduanas o inversores en bolsa, pero es igualmente importante en quienes cuidan de personas ancianas, son becarios en una radio local o preparan comida para llevar.

Junto con esto, estimula el deseo de poner los medios para capacitarnos debidamente, de modo que cada uno promueva un crecimiento en la cultura propia de cada oficio, profesión o actividad que nos toca desempeñar, poniendo en marcha asociaciones profesionales o participando activamente en ellas, dedicando tiempo a conocer mejor la propia profesión, solos o en compañía de otros. Esto requiere tiempo y energías, que no sobran, pero es un enriquecimiento necesario. San Josemaría decía: *Yo doy tanta importancia a la cultura profesional de un peluquero como a la de un investigador; a la de un estudiante universitario como a la de una empleada del hogar. Se trata de tener la cultura del propio oficio, correspondiente a la vocación profesional de cada uno*²².

La formación facilita la adquisición de valores específicos para la propia profesión u oficio: el valor de la vida y de la salud, en las profesiones relacionadas con la medicina; la solidaridad de bomberos y cooperantes; la igualdad para los empresarios y para quienes trabajan en sindicatos... Hay valores que, siendo universales y necesarios en todos los trabajos, en algunos de ellos sobresalen de un modo especial y que se han de acompañar de las competencias necesarias para vivirlos. Al hacerlo por la gloria de Dios y el bien de las almas, nuestro trabajo alcanza un valor sobrenatural que nos permite la identificación con Cristo.

El acompañamiento espiritual que brinda la Prelatura nos ayuda a afrontar con realismo —madurez humana y sobrenatural— las oportunidades y exigencias que la vida ofrece, también durante el recorrido profesional a lo largo de los años, con esperanza, discernimiento y sentido sobrenatural.

Por último, la identificación con la misión apostólica lleva a ilusionarse con poder colaborar más en el sostenimiento económico personal, para contribuir así al bienestar de la propia familia y a los apostolados de la Obra.

Hemos hecho un recorrido por todos los aspectos de la formación que influyen en hacer que nuestro trabajo sea el trabajo de un cristiano, cuya centralidad san Josemaría sintetizaba con las siguientes palabras: *Vamos a pedir luz a Jesucristo Señor Nuestro, y rogarle que nos ayude a descubrir, en cada instante, ese sentido divino que transforma nuestra vocación profesional en el quicio sobre el que se fundamenta y gira nuestra llamada a la santidad*²³.

Maeves Javaloyes

¹ Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2569.

² Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1350.

³ Cfr. Plegaria Eucarística, doxología final.

⁴ Cfr. San Josemaría, *Conversaciones*, n. 114.

⁵ Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 1407 y 1414.

⁶ San Josemaría. *Es Cristo que pasa*, n. 95.

⁷ San Josemaría. *Es Cristo que pasa*, n. 48.

⁸ Francisco, “*El trabajo es la vocación del hombre*”, homilía en Santa Marta, 1 mayo 2020.

⁹ *Génesis* 2,15.

¹⁰ Cfr. *Génesis* 1,26.

¹¹ San Josemaría. *Carta 6–V–1945*, n. 15, en E. Burkhart, J. López, *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de San Josemaría*, III, Rialp, Madrid 2013, p. 574.

¹² Francisco, Homilía, Misa para la apertura del sínodo de los obispos, 10-10-2021.

¹³ *Ibíd.*

¹⁴ Cfr. Fernando Ocáriz, *Carta Pastoral 1-XI-2019*, n. 20.

¹⁵ San Josemaría, *Carta n. 6*, n. 55.

¹⁶ Fernando Ocáriz, *Carta Pastoral 1-XI-2019*, n. 20.

¹⁷ *Íd.*, n. 23.

¹⁸ Fernando Ocáriz, *Carta pastoral, 9-I-2018*, n. 14.

¹⁹ Cfr. Fernando Ocáriz, *Carta Pastoral 14-II-2017*, n. 17

²⁰ Cfr. Ana Sastre, *Tiempo de Caminar*, Rialp, Madrid 1989, cita 18, p. 232: (Fuente: san Josemaría, Hoja de Noticias (complementos) de julio de 1939 (AGP, serie A.2, leg. 10, carp. 2) “No paséis por la carrera como si toda ella fuera una llanura. Buscad los relieves. Tened personalidad. Trazad vuestro surco. Y que los surcos de todos, hagan producir el campo del Padre de familias”.

²¹ Cfr. Prelatura de la Santa Cruz y Opus Dei, *Ratio Institutionis*, Roma, 2007, n. 14.

²² San Josemaría, Notas de un círculo breve, 19-IV-1964; en volúmenes de “*Meditaciones*”, vol. I, pp. 606-607 (AGP, biblioteca, P06).

²³ San Josemaría, *Amigos de Dios*, n. 62.

[Volver al índice](#)

3. Ciudadanos que trabajan con los demás

La ilusión de un trabajo pleno incluye habitualmente el deseo de construir algo de valor y de contribuir a mejorar la sociedad. El viejo cuento de los albañiles acierta al describirlo: al preparar ladrillos, uno puede tener conciencia de su trabajo como simplemente hacer ladrillos, subir muros o construir catedrales. Nuestro deseo es construir catedrales con nuestra profesión: maravillas humanas y señal de la presencia de Dios en el mundo.

El Papa Francisco nos anima así: “El ser humano es capaz de ser por sí mismo agente responsable de su mejora material, de su progreso moral y de su desarrollo espiritual. El trabajo debería ser el ámbito de este múltiple desarrollo personal, donde se ponen en juego muchas dimensiones de la vida: la creatividad, la proyección del futuro, el desarrollo de capacidades, el ejercicio de los valores, la comunicación con los demás, una actitud de adoración”¹.

Sin embargo, la situación en muchos países puede ofuscar esta visión. En algunos las condiciones laborales son inhumanas, en otros la mayoría de trabajos permiten apenas sobrevivir, y en Occidente los cambios y las sucesivas crisis han traído una situación de precariedad que ha generado cierta visión negativa. La narrativa dominante o la experiencia personal pueden reducir el trabajo a una actividad que necesitamos para sobrevivir, pero que, a menudo, nos hace

infelices y frustrados. Esto afecta especialmente a los jóvenes, ampliamente titulados y capacitados, que apenas logran conseguir trabajos que les permitan sostenerse y hacer proyectos de futuro; o se plantean emigrar para conseguir mejores posibilidades en otro país. De hecho, muchos buscan su propia realización fuera del ámbito profesional.

En un contexto así, donde tantas personas tienen razones serias y concretas para afirmar lo anterior, el mensaje de san Josemaría sobre el trabajo ilumina con *la esperanza del Evangelio* esta realidad en crisis. El Papa Francisco lo explica de este modo: “Quienes no miran la crisis a la luz del Evangelio, se limitan a hacer la autopsia de un cadáver: miran la crisis, pero sin la esperanza del Evangelio, sin la luz del Evangelio. La crisis nos asusta no sólo porque nos hemos olvidado de evaluarla como nos invita el Evangelio, sino porque nos hemos olvidado de que el Evangelio es el primero que nos pone en crisis. Pero si volvemos a encontrar el valor y la humildad de decir en voz alta que el tiempo de crisis es un tiempo del Espíritu, entonces, incluso ante la experiencia de la oscuridad, la debilidad, la fragilidad, las contradicciones, el desconcierto, ya no nos sentiremos agobiados, sino que mantendremos constantemente una confianza íntima de que las cosas van a cambiar, que surge exclusivamente de la experiencia de una Gracia escondida en la oscuridad”².

Esta luz de la fe sobre la realidad humana del trabajo hace brillar la verdad originaria de que el hombre fue puesto en el jardín del Edén *ut operaretur*³, para que trabajara y cooperara con Dios en construir el mundo, en crear vida social y cultura. En definitiva, el trabajo es una realidad positiva y buena, un ámbito de realización personal y social, el quicio de nuestra

santidad “como vínculo de unión con los demás hombres y medio para contribuir al progreso de la humanidad entera, como fuente de recursos para sostener a la propia familia, como ocasión de perfeccionamiento personal”⁴.

En estas líneas, nos enfocaremos sobre la proyección social del trabajo, que se expande en círculos concéntricos desde el lugar donde se desarrolla, pasando por el entorno más inmediato (el barrio, el pueblo, la ciudad) para llegar a la transformación efectiva del mundo.

Amar el mundo

El amor al mundo y el deseo de mejorarlo y llevarlo a Dios es un aspecto central de la llamada vocacional a la Obra y está en el núcleo de su mensaje. Este espíritu lleva a percibir en todas las circunstancias de la vida ordinaria una llamada divina, como explica san Josemaría: “Hemos de amar a Dios, para así amar su voluntad y tener deseos de responder a las llamadas que nos dirige a través de las obligaciones de nuestra vida corriente: en los deberes de estado, en la profesión, en el trabajo, en la familia, en el trato social, en el propio sufrimiento y en el de los demás hombres, en la amistad, en el afán de realizar lo que es bueno y justo”⁵.

Un vistazo a las tragedias, las injusticias, los sufrimientos o la superficialidad que atraviesan la vida diaria podría llevar a pensar que nuestro mundo actual no es “amable”, al menos mientras no mejore. Y la sensación de tener poco que aportar a ese cambio puede conducirnos al encierro en el círculo de nuestro pequeño mundo de relaciones, problemas, intereses y proyectos. Ahí sentimos que al menos podemos hacer algo.

Sin embargo, la conciencia de que Dios es nuestro Padre nos empuja a salir de esa zona de confort al recordar lo que promete el Salmo 2: *te he dado el mundo por heredad*⁶. El hijo recibe esa herencia con el deseo de hacerla fructificar, con el optimismo esperanzado de percibir la confianza de su Padre y con el vivo sentido de responsabilidad hacia ese mundo que Dios deja en nuestras manos. Nada es ajeno al corazón de un hijo de Dios, porque es el mundo mismo —todo y todos— lo que constituye esa heredad.

El amor al mundo como don que Dios Padre nos confía lleva a querer “conocer en profundidad el tiempo en el que vivimos, las dinámicas que lo atraviesan, las potencialidades que lo caracterizan, y los límites y las injusticias, a veces graves, que lo aquejan”⁷. No se trata de una mera comprensión intelectual, sino de salir al encuentro de las personas concretas, con sus sueños y esperanzas, con su sensibilidad, necesidades y críticas. Así el conocimiento se transforma en empatía, en escucha, en empeño por hacerse cargo del otro y en comprometerse por buscar el bien, en amor encarnado. Lo explica Benedicto XVI en la encíclica *Caritas in veritate*: “Amar a alguien es querer su bien y trabajar eficazmente por él. Junto al bien individual, hay un bien relacionado con el vivir social de las personas: el bien común. Es el bien de ese «todos nosotros», formado por individuos, familias y grupos intermedios que se unen en comunidad social. No es un bien que se busca por sí mismo, sino para las personas que forman parte de la comunidad social, y que sólo en ella pueden conseguir su bien realmente y de modo más eficaz. Desear el bien común y esforzarse por él es exigencia de justicia y caridad”⁸.

Precisamente del amor —a Dios, a los demás, al mundo— brota la fuerza dignificante y transformadora del trabajo, que nos permite contribuir a construir con otros ese *bien de todos nosotros* desde la posición y la aportación específica de la propia profesión. El modelo del amor compasivo por el conciudadano es la parábola del buen samaritano, explica el Papa Francisco: “es un texto que nos invita a que resurja nuestra vocación de ciudadanos del propio país y del mundo entero, constructores de un nuevo vínculo social⁹. Al glosarla, pone de relieve que aun el buen samaritano necesitó de la existencia de una posada que le permitiera resolver lo que él solo en ese momento no estaba en condiciones de asegurar”¹⁰: es el trabajo lo que nos permite contribuir a la solución de las necesidades humanas.

Un modo de estar en el mundo

La mentalidad laical tiene como fundamento la consideración de que el trabajo, las relaciones sociales y políticas, el ocio, etc., son lugar de encuentro con Dios y tarea propia del cristiano corriente. Más aún, el trabajo es precisamente el modo específico que cada persona tiene de *cuidar la heredad* y de colaborar en la construcción de la sociedad. Nuestra vida sería muy distinta sin agricultores, maestros, transportistas, ingenieros o guionistas. Así lo expresaba san Josemaría: “El trabajo es el vehículo a través del cual el hombre se inserta en la sociedad, el medio por el que se ensambla en el conjunto de las relaciones humanas, el instrumento que le asigna un sitio, un lugar, en la convivencia de los hombres. El trabajo profesional y la existencia en el mundo son dos caras de la misma moneda, son dos realidades que se exigen

mutuamente, sin que sea posible entender la una al margen de la otra”¹¹.

Ese lugar propio, en el que Dios espera a cada uno, es ámbito privilegiado para desplegar la libertad como capacidad de generar cosas buenas con y para los demás, que también lo son para uno mismo. “Volvamos a promover el bien, para nosotros mismos y para toda la humanidad, y así caminaremos juntos hacia un crecimiento genuino e integral”¹². En la peluquería, la oficina, el aula, el huerto o el camerino, es en el hoy y ahora del trabajo que se desempeña donde surge la pregunta decisiva: ¿cuál es, Señor, el bien que Tú esperas de mí? Y ese mismo empeño por buscar la perfección cristiana en la profesión, por dar “buen ejemplo de cada uno en su lugar, es ya buscar el bien de toda la humanidad”¹³.

A la vez, no es difícil darse cuenta de que hacer el bien es una tarea que supera a los individuos singulares; más aún, es una tarea común, una *lucha compartida*, como nos ha hecho entender la pandemia y explica el Papa: “Nadie puede pelear la vida aisladamente. Se necesita una comunidad que nos sostenga, que nos ayude y en la que nos ayudemos unos a otros a mirar hacia delante. ¡Qué importante es soñar juntos! Solos se corre el riesgo de tener espejismos, en los que ves lo que no hay; los sueños se construyen juntos. Soñemos como una única humanidad, como caminantes de la misma carne humana, como hijos de esta misma tierra que nos cobija a todos, cada uno con la riqueza de su fe o de sus convicciones, cada uno con su propia voz, todos hermanos”¹⁴. Y la experiencia nos confirma que hacer el bien juntos rompe la barrera de las diferencias ideológicas, los estilos de vida distintos o la falta de fe.

Siempre habrá instituciones en la Iglesia orientadas a la asistencia, y todos como cristianos estamos llamados a ser el buen samaritano que se para ante el hermano herido. Pero como laicos tenemos la misión irrenunciable de estar presentes en los lugares donde se configura la sociedad, especialmente aquellos relacionados con nuestra profesión. Un arquitecto, por ejemplo, puede manifestarse contra la contaminación, votar a un partido favorable a la familia y hacer voluntariado con los *homeless* de su ciudad. Pero si trabaja en el campo del urbanismo es insustituible para crear, con sus colegas, entornos más verdes, intergeneracionales, seguros, con servicios básicos, bien comunicados, con espacios comunes, etc., de modo que influya directamente en la calidad del aire, las relaciones familiares y el acceso a la vivienda.

Con caridad y justicia

Este modo cristiano de ser y estar en el mundo, trabajando con otros y para otros, porta dentro de sí el mayor potencial transformador de la sociedad: la fe “que ilumina nuestras conciencias, incitándonos a participar con todas las fuerzas en las vicisitudes y en los problemas de la historia humana. En esa historia, que se inició con la creación del mundo y que terminará con la consumación de los siglos, el cristiano no es un apátrida. Es un ciudadano de la ciudad de los hombres, con el alma llena del deseo de Dios”¹⁵.

Si ponemos el foco en el ámbito del trabajo, cabe preguntarse qué características del modo cristiano resultan promotoras más eficaces de esta transformación. La respuesta sería amplia, pero hay dos virtudes que aportan un valor especial: la caridad y la justicia, vistas en su dimensión social. Ambas se

traducen en un abanico de actitudes que gozan actualmente de reconocimiento como valores imprescindibles para llevar adelante una empresa común, y que la doctrina social de la Iglesia propone. Estas enseñanzas ofrecen orientaciones que iluminan con la luz de la verdad del Evangelio los posibles modos de actuar en las más diversas situaciones sociales, culturales, etc. y que se manifiestan en algunas actitudes como las siguientes.

La amistad social, la solidaridad y la participación llevan a “construir relaciones que vayan más allá del mero trabajo y fortalezcan los vínculos de bien”¹⁶. Así lo expresaba san Josemaría en una carta de 1939 sobre la misión del cristiano en la vida social: “Un cristiano no puede ser individualista, no puede desentenderse de los demás, no puede vivir egoístamente, de espaldas al mundo: es esencialmente social: miembro responsable del Cuerpo Místico de Cristo”¹⁷.

La promoción del desarrollo humano integral —de todos los hombres y de todo el hombre— supone la libertad responsable de la persona y de los pueblos, pues ninguna estructura puede garantizar dicho desarrollo desde fuera y por encima de la responsabilidad humana¹⁸. La cooperación nace de la convicción de que no es posible encontrar la solución a los problemas desde una sola perspectiva, y lleva a la apertura proactiva, al trabajo en equipo —también con aquellos que no piensan como nosotros— y al diálogo sincero.

La justicia es dar al otro lo que es suyo, lo que le corresponde de acuerdo a su ser y a su obrar. Es la primera vía de la caridad e inseparable de ella¹⁹ y, a la vez, reclama una lógica superior, pues la sociedad no se puede promover solo mediante

relaciones justas de derechos y deberes, sino, antes y mejor, con relaciones de gratuidad, de misericordia y de comunión²⁰.

La transparencia, la honestidad y la responsabilidad como valores sociales²¹, aunque puedan crear desventajas a corto plazo —las propias de quien asume el riesgo de confiar en otros— son fundamentos sólidos para crear un ambiente y un modo de trabajar que llama a compartir los deberes recíprocos, movilizándolo así mucho más que la mera reivindicación de derechos²².

Las posibilidades son infinitas, según las circunstancias de cada uno. La participación en las asociaciones profesionales, el *mentoring* de chicas en STEM, los proyectos colaborativos *open source* o la alfabetización de adultos, por ejemplo, pueden ser iniciativas promovidas con los colegas. La priorización de la investigación de las enfermedades olvidadas, los servicios *pro bono* a causas relevantes, la apuesta por un proceso industrial más limpio, el rechazo de sobornos o la mejora de las condiciones de trabajo pueden ser iniciativas que se promuevan dentro de la empresa o institución en la que uno trabaja.

Transformar el entorno en el trabajo

El amor al mundo, unido a la conciencia de la propia libertad y responsabilidad, llevan al compromiso en y desde el propio trabajo en la mejora de la sociedad. El trabajo no es simplemente un lugar para la «auto-realización» individual, sino una plataforma desde la que desplegar, en toda su amplitud, la solicitud humana y cristiana por el prójimo y por las condiciones sociales que hacen posible su desarrollo²³.

Afrontar el trabajo como medio para contribuir al progreso de la humanidad es en primer lugar contribuir a la humanización del propio entorno laboral. La primera resolución de problemas se da en el entorno más cercano²⁴. Por ejemplo, ante situaciones de conflicto que surgen en el trabajo como en toda relación humana lo crucial es no dejarse dominar por ellos ni que acabe imperando lo que el Papa Francisco llama la lógica del conflicto²⁵, que siempre busca *culpables* a quienes estigmatizar y despreciar y *justos* a quienes justificar: “Cuando nos detenemos en la coyuntura conflictiva, perdemos el sentido de la unidad profunda de la realidad”²⁶.

Los entornos del trabajo reclaman también un empeño constante y decidido por amar, procurando interesarse por cada persona, por sus necesidades, pues todos somos pobres, carentes de algo “no solo en términos materiales, sino también en términos espirituales, emocionales y morales”²⁷. La experiencia personal del amor de Dios, de la familia, de las amistades, nos lo facilita.

Todo lo anterior se puede hacer realidad de infinidad de modos concretos: apoyar a una colega que está esperando un hijo o a quien tiene a su cargo una persona anciana o dependiente; hacer favores que no comportan un beneficio; celebrar los cumpleaños; pasar por alto pequeñas diferencias; comportarse con lealtad y no criticar.

Esta humanización del entorno próximo comporta también identificar los problemas, asumiéndolos en primera persona, procurando «ahogar el mal en abundancia de bien», cubriendo deficiencias, multiplicando las iniciativas que desarrollen o reorienten las energías implícitas en la situación que es preciso mejorar²⁸. De este modo se supera la perspectiva individualista

y utilitarista y se logran descubrir, con la mirada purificada por la caridad, “singulares convergencias y posibilidades concretas de solución, sin renunciar a ningún componente fundamental de la vida humana”²⁹.

Es mucho lo que queda por hacer y quizás, como Moisés, desfallezcamos en el empeño. Vale la pena tener presente la conclusión de la encíclica *Caritas in veritate*: “El desarrollo necesita cristianos con los brazos levantados hacia Dios en oración, cristianos conscientes de que el amor lleno de verdad, *caritas in veritate*, del que procede el auténtico desarrollo, no es el resultado de nuestro esfuerzo sino un don. Por ello, también en los momentos más difíciles y complejos, además de actuar con sensatez, hemos de volvernos ante todo a su amor. El desarrollo conlleva atención a la vida espiritual, tener en cuenta seriamente la experiencia de fe en Dios, de fraternidad espiritual en Cristo, de confianza en la Providencia y en la Misericordia divina, de amor y perdón, de renuncia a uno mismo, de acogida del prójimo, de justicia y de paz. Todo esto es indispensable para transformar los «corazones de piedra» en «corazones de carne» (Ez 36,26), y hacer así la vida terrena más «divina» y por tanto más digna del hombre”³⁰.

Susana López

¹ Francisco, *Laudato si'*, n. 127.

² Francisco, *Discurso a la curia romana con motivo de las felicitaciones navideñas*, 21-12-2020, n. 6.

³ *Gn 2,15*.

⁴ San Josemaría, *Carta nº 14*, de 15 de octubre de 1948, n. 4.

⁵ San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 17.

⁶ Cfr. *Sal 2,8: Pídeme, y te daré las naciones en herencia, y extenderé tus dominios hasta los confines de la tierra.*

⁷ Fernando Ocariz, Mensaje, 7 julio de 2017.

⁸ Benedicto XVI, *Caritas in veritate*, n. 7.

⁹ Francisco, *Fratelli tutti*, n. 66.

¹⁰ *Íd.*, n. 165.

¹¹ San Josemaría, *Carta* nº 11, de 6 de mayo de 1945, n. 13.

¹² Francisco, *Fratelli tutti*, n. 113.

¹³ San Josemaría, *Carta* nº 3, de 9 de enero de 1932, n. 4

¹⁴ Francisco, *Fratelli tutti*, n. 8.

¹⁵ San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 99.

¹⁶ Francisco, *Discurso a los miembros del colegio cardenalicio y de la curia romana con motivo de las felicitaciones navideñas, 23–12–2021.*

¹⁷ San Josemaría, *Carta* nº 5, de 2 de octubre de 1939, n. 37.

¹⁸ Cfr. Benedicto XVI, *Caritas in veritate*, n. 17.

¹⁹ Cfr. Benedicto XVI, *Caritas in veritate*, n. 6.

²⁰ *Ibíd.*

²¹ Cfr. Benedicto XVI, *Caritas in veritate*, n. 36.

²² *Íd.*, n. 43.

²³ Cfr. Ana Marta González, “Mundo y condición humana en san Josemaría Escrivá. Claves cristianas para una filosofía de las ciencias sociales”, en *Romana* nº 65, julio–diciembre 2017.

²⁴ Cfr. san Josemaría, *Conversaciones*, n. 10: *Vemos en el trabajo —en la noble fatiga creadora de los hombres— no sólo uno de los más altos valores humanos, medio imprescindible para el progreso de la sociedad y el ordenamiento cada vez más justo de las relaciones entre los hombres, sino también un signo del amor de Dios a sus criaturas y del*

amor de los hombres entre sí y a Dios: un medio de perfección, un camino de santidad.

²⁵ Francisco, *Discurso a los miembros del colegio cardenalicio y de la curia romana con motivo de las felicitaciones navideñas*, 23–12–2021, n. 7.

²⁶ Francisco, Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, n. 226.

²⁷ Francisco, *Discurso a los miembros del colegio cardenalicio y de la curia romana con motivo de las felicitaciones navideñas*, 23–12–2021.

²⁸ Cfr. Ana Marta González, “Mundo y condición humana en san Josemaría Escrivá. Claves cristianas para una filosofía de las ciencias sociales”, en *Romana* nº 65, julio–diciembre 2017.

²⁹ *Íd.*, n. 32.

³⁰ *Íd.*, n. 79.

[Volver al índice](#)

4. El liderazgo del servicio

En las enseñanzas de san Josemaría, lo que actualmente se designa como *liderazgo* es comprendido y ejercido siempre como servicio, con el deseo de contribuir a construir un proyecto común en beneficio de todos. Un líder no es solo la persona que ejerce un determinado rol en un equipo. El líder quiere mejorar el mundo, y enseguida se da cuenta de que lo mejor es empezar por lo que tiene más cerca, por lo más próximo: su entorno. ¿Y cómo lo hace? San Josemaría lo sintetizaba en una expresión: “*para servir, servir*”¹. Y animaba a “adquirir todo el prestigio profesional posible, en servicio de Dios y de las almas”².

La aspiración de liderar en el servicio implica dos retos, en los que la formación nos ayuda: desarrollar una visión más relacional del propio trabajo (tanto en el sentido de trabajar *con* los demás —empezando por Dios— como *desde* y *para* los demás) y el empeño por cultivar virtudes (querer mejorar uno mismo, no para buscar una autoperfección, sino para donarse).

Seres relacionales, trabajo relacional

Una visión relacional de la propia profesión consiste en la capacidad de elevar la mirada para descubrir que el trabajo que hago cada día va más allá de la producción de servicios o bienes, del rendimiento y la eficacia, de la mera autorrealización. Al final, consiste en generar bienes

relacionales, que se producen y se gozan siempre con otros, incluso en aquellas profesiones que no están orientadas directamente a la persona. Es claramente interactivo vender en el puesto del mercado, formar a los alumnos de formación profesional, visitar pisos con los clientes o defender a un acusado ante el juez. Pero también es relacional, aunque no de forma tan aparente, el trabajo en un centro logístico, una cadena de montaje o un laboratorio de bioquímica. Incluso la actividad de la persona que teletrabaja desde casa o estudia para unas oposiciones, sin aparentemente interaccionar con nadie.

Cristo es reconocido por su oficio (“¿No es este el artesano, hijo de María?”³) y por el de su padre (“¿No es éste el hijo de José?”⁴). En el Éxodo, podemos encontrar un anticipo de san José en los artesanos que por la calidad de su trabajo y por su relación con los demás fueron seleccionados para construir el santuario⁵. Moisés los alaba afirmando que Dios los ha llamado por su nombre y los ha llenado de su espíritu, dotándoles de “sabiduría, inteligencia y experiencia para toda clase de trabajos”⁶, y “ha puesto en su corazón el don de enseñar a otros”⁷. Jesús aportó una dimensión nueva al sentido relacional de su trabajo en el taller: al construir una mesa, no creaba solamente un objeto, sino que de alguna manera en ella estaban presentes todas las personas que a lo largo de los años la utilizarían, su aprendizaje de José, la alegría de la vida familiar con la Virgen, las necesidades y preocupaciones de los vecinos, el recuerdo de la Creación, la caricia de la madera que encontraría también en la Cruz, el deseo de glorificar al Padre, la redención de la humanidad.

Esta dimensión relacional del trabajo se apoya en lo que significa ser humano, porque la apertura a conocer y amar al otro es parte de nuestro ser creados *a imagen y semejanza* de Dios, de un Dios Trino. “Muchas veces me pregunto: ¿con qué espíritu hacemos nuestro trabajo cotidiano? ¿Cómo afrontamos el esfuerzo? ¿Vemos nuestra actividad unida sólo a nuestro destino o también al destino de los otros? De hecho, el trabajo es una forma de expresar nuestra personalidad, que es por su naturaleza relacional”⁸, explica el papa Francisco. “El trabajo es también una forma para expresar nuestra creatividad: cada uno hace el trabajo a su manera, con el propio estilo; el mismo trabajo, pero con un estilo diferente”⁹.

Como consecuencia de esta naturaleza relacional, parte de la formación profesional no es solamente adquirir los conocimientos y habilidades adecuados al trabajo que realizo, sino aprender también de las personas: de ese colega veterano o de aquel otro más joven, del tutor que sabe aconsejar bien, de la conversación con los miembros del equipo que saca adelante un proyecto, de ese profesor a quien podemos volver años después de pasar por su aula, de un cliente insatisfecho. Cristo mismo fue aprendiz. “Porque Jesús debía parecerse a José: en el modo de trabajar, en rasgos de su carácter, en la manera de hablar”¹⁰.

Un instrumento en mis manos

Uno de los resultados de aprovechar la formación profesional suele ser la consideración que cada uno adquiere en el ámbito en que es experto. El verdadero prestigio profesional (que es un medio y no un fin) es el resultado de los recursos que ponemos cada uno para ser más competentes en el

desempeño en la propia profesión. Un profesional biosanitario siempre querrá poner los medios para conocer más sobre posibles tratamientos para sus pacientes, un profesor intentará mejorar sus recursos docentes para enseñar mejor pensando en sus alumnos, un comerciante buscará nuevos productos adecuados a las necesidades de sus clientes y un trabajador del mundo de la comunicación procurará aportar la mayor calidad y veracidad posible en la información que transmite. Cada uno se actualiza con las herramientas que están a su alcance (cursos, lecturas, *workshops*, investigación...), pero la formación que la Obra ofrece nos ayuda a desear esa actualización, a priorizarla, perseverar en ella, para dar más gloria a Dios en el trabajo y ser más eficaces en el servicio.

El prestigio profesional, desde este punto de vista, resulta muy diferente de perseguir el éxito, entendido como procurar resultados que otros puedan juzgar como sobresalientes o excelentes, porque serían el fruto de talentos extraordinarios que no poseen las personas comunes. La predicación de san Josemaría pretendía alentar, no cortar las alas a nadie ni empequeñecer a quienes cuentan con cualidades extraordinarias —“al que pueda ser sabio, no le perdonamos que no lo sea”¹¹—, pero al mismo tiempo estaba lejos de proponer un discurso de excelencia dirigido a unos pocos o alejado de la realidad. De hecho, incluso una persona responsable en su trabajo, con todas las habilidades adquiridas y la experiencia de años de ejercicio, no es extraño que se encuentre también con fracasos, con errores que requieren rectificación, con momentos en que debe empezar de cero. Son ocasiones de aprendizaje y de intentar superar con esperanza esas circunstancias, sin quedar marcado por el miedo a fracasar de nuevo.

La clave del prestigio profesional, para san Josemaría, no es la fama, sino el servicio por amor: "El peregrinaje del cristiano en el mundo ha de convertirse en un continuo servicio prestado de modos muy diversos, según las circunstancias personales, pero siempre por amor a Dios y al prójimo. Ser cristiano es actuar sin pensar en las pequeñas metas del prestigio o de la ambición, ni en finalidades que pueden parecer más nobles, como la filantropía o la compasión ante las desgracias ajenas: es discurrir hacia el término último y radical del amor que Jesucristo ha manifestado al morir por nosotros"¹².

En resumen, el sentido del prestigio profesional es poderlo utilizar para el servicio a Dios y a las personas. San Josemaría lo explicaba así: "Por eso, como lema para vuestro trabajo, os puedo indicar éste: *para servir, servir*. Porque, en primer lugar, para realizar las cosas, hay que saber terminarlas. No creo en la rectitud de intención de quien no se esfuerza en lograr la competencia necesaria, con el fin de cumplir debidamente las tareas que tiene encomendadas. No basta querer hacer el bien, sino que hay que saber hacerlo. Y, si realmente queremos, ese deseo se traducirá en el empeño por poner los medios adecuados para dejar las cosas *acabadas*, con humana perfección"¹³.

Cada persona, por tanto, está llamada a ser líder en su propio entorno (laboral, familiar, social), a quererlo mejorar. Y todos, hombres y mujeres, podemos aportar (mediante la preparación profesional y el crecimiento personal) a esta mejora. Resulta muy inspirador ver cómo la pandemia ha sacado a la luz muchos líderes ocultos y es a la vez una llamada a la responsabilidad para cada uno: es mi propia realidad, la que yo puedo mejorar, y si no lo hago yo, nadie lo hará por mí.

Servir desde el prestigio profesional

“Servir” se puede entender en el sentido de “ser competente” o de “valer para una determinada tarea”. Para servir —para vivir la caridad con obras, imitando a Cristo, que “no vino a ser servido, sino a servir”¹⁴— se requiere idoneidad, y esta idoneidad procede del estudio y la práctica, pero también de las virtudes humanas. Una persona trabajadora, determinada, audaz, ordenada, educada, amable, que se involucra, etc., está en condiciones tanto de contribuir con eficacia a un proyecto común, como de responder a las exigencias de la caridad en el ejercicio de sus deberes. La expresión “para servir, servir” es, pues, una llamada a adquirir las cualidades necesarias para ser útil, y así cultivar las virtudes que permitan prestar a otros los servicios convenientes. San Josemaría, al hablar de este aspecto, se refería tanto a trabajos intelectuales y de aparente relevancia e influjo social en el mundo de la cultura o de la política como al buen trabajo desempeñado en un taller mecánico, la cocina de un restaurante o la finca agrícola.

El prestigio facilita ser una referencia en el ámbito que dominamos, y permite aconsejar y acompañar más allá de los conocimientos y habilidades. Por ejemplo, podemos seguir velando por el bien y la trayectoria de los antiguos alumnos, asesorar a los médicos jóvenes que realizan una estancia en el hospital, sugerir nuevas oportunidades a los amigos que han perdido el empleo, aconsejar a un colega sobre una maquinaria nueva o dar contexto en las conversaciones crispadas.

También es una herramienta de servicio si facilita formar parte de un gremio, un sindicato o un colegio profesional, para velar por la mejora de nuestra profesión, o impulsar diversas

iniciativas para conseguir unas condiciones laborales más justas (promover una huelga, recoger firmas, hablar con directivos, etc.). Hablando de Jesús y José como “obreros de la madera”, Francisco señala todos aquellos aspectos oscuros del trabajo que podemos —debemos— contribuir a iluminar con las posibilidades de una trayectoria personal competente y honrada: los trabajos duros “en las minas y en ciertas fábricas”, “aquellos que son explotados en el trabajo negro”, “las víctimas” de accidentes laborales, “los niños que son obligados a trabajar”, etc.¹⁵.

A veces, el prestigio proporciona un ascendiente que abre las puertas a incidir en temas más delicados. En un congreso o un viaje de trabajo, renunciar a tomar unas copas después de una cena y recordar a la familia que está en casa puede cambiar el clima de diversión entre los compañeros. Contar la propia experiencia puede ayudar a otra persona a organizar el horario de su negocio de forma que pueda asistir a misa el domingo. También cuando el entorno laboral es un desierto —“ese ambiente árido donde hay que conservar la fe y tratar de irradiarla”¹⁶, describe el papa Francisco—, “allí estamos llamados a ser personas—cántaros para dar de beber a los demás”¹⁷.

Una formación para transformarse y transformar

Lo que cambia el mundo son las personas. Y la formación personal siempre supone un paso adelante tanto en responsabilidad social como en capacidades para poder aportar a la sociedad lo mejor que cada uno tiene. “En el trabajo libre, creativo, participativo y solidario, el ser humano expresa y acrecienta la dignidad de su vida”¹⁸, señala

Francisco. “Trabajar no solo sirve para conseguir el sustento adecuado: es también un lugar en el que nos expresamos, nos sentimos útiles, y aprendemos la gran lección de la concreción, que ayuda a que la vida espiritual no se convierta en espiritualismo”¹⁹.

La formación espiritual que la Obra transmite, que aspira siempre a reflejarse en la vida, nos puede ayudar a hacernos preguntas de este tipo: ¿Cómo puedo entender mejor que mi trabajo es un servicio? ¿Cómo generar oportunidades de mejora a otros y a la sociedad desde mi propia profesión? ¿Qué tipo de problema social podría ayudar a resolver con mi trabajo? ¿Qué mejoras, innovaciones, soluciones puedo aportar por los conocimientos de mi propia profesión?

Para liderar en el servicio desde nuestro trabajo no necesitamos sólo conocimientos. Por eso, la formación profesional que facilita la Obra se orienta a ayudar a cada persona a adquirir las virtudes humanas o habilidades personales que la capacitan profesionalmente para trabajar bien. Esto es: trabajar con atención, sin descuidos o chapuzas, con el esmero y el sentido de responsabilidad de quien lo hace por amor a Dios y a los demás, cooperando con otros. Descubriendo también la dimensión de cuidado de las personas de mi alrededor, de quienes se beneficiarán de ese trabajo, del bien común y del mundo en el que vivimos.

Estas habilidades (las llamadas *soft skills*) no se aprenden teóricamente, se adquieren de forma indirecta en los modos de hacer, de relacionarse con los demás, de afrontar los distintos asuntos de la jornada. Podríamos decir que se aprenden con la práctica, se encarnan en el hacer, y por eso es bueno que cada uno reflexione explícitamente sobre ellas y aproveche el

feedback que le dan los demás, para entender mejor cómo desarrollarlas en el día a día, de modo que informen el modo de ser y de actuar y, por tanto, la manera de ejercitar la propia profesión. ¿Quién no ha sentido deseos de agradecer profundamente la actitud atenta de un profesional de la salud que nos ha atendido con cariño, la mirada empática (incluso a través de la mascarilla) de un funcionario administrativo que se ha involucrado en nuestro problema o la simpatía de un taxista o un repartidor que nos han alegrado el día?

Se pueden destacar algunas cualidades de carácter más personal, como el sentido común, la actitud positiva, la autoestima, la creatividad, la resiliencia o la flexibilidad. Por ejemplo, la flexibilidad se puede definir como la apertura a distintos modos de ser y trabajar, lo que capacita para un trabajo intergeneracional, intercultural (tan necesario para no perder la esencia de nuestra contemporaneidad), interdisciplinar, etc. Así se consigue crear un espacio en el que todos se encuentran cómodos y pueden aportar lo mejor de sí.

Hay otras habilidades que podrían considerarse más bien sociales, porque contribuyen de modo constructivo en el tejido de relaciones que componen nuestras vidas: la gestión de personas, sobreponerse al estrés propio y ajeno, la capacidad de escucha y diálogo, la comunicación, la empatía, etc. Para algunos autores, estas disposiciones forman parte de la llamada inteligencia emotiva y social.

También Cristo aprendió estos aspectos, no solamente un oficio. Al glosar la figura de san José, el papa Francisco afirma que “podemos estar seguros de que su ser hombre “justo” se tradujo también en la educación dada a Jesús. «José vio a Jesús progresar día tras día “en sabiduría, en estatura y en

gracia ante Dios y los hombres” (Lc 2,52): así dice el Evangelio» (*Patris corde, 2*)”²⁰.

La imagen de Cristo lavando los pies a los apóstoles el Jueves Santo simboliza el servicio a las personas de todo cristiano. “Os he dado ejemplo para que, como yo he hecho con vosotros, también lo hagáis vosotros”²¹, dice el Señor. Pero es bueno recordar que antes Él mismo sirvió durante años a los habitantes de Nazaret a través de su trabajo, su consejo, su cariño, a la sombra del prestigio de san José. “José sacaba de apuros a muchos, sin duda, con un trabajo bien acabado. Era su labor profesional una ocupación orientada hacia el servicio, para hacer agradable la vida a las demás familias de la aldea, y acompañada de una sonrisa, de una palabra amable, de un comentario dicho como de pasada, pero que devuelve la fe y la alegría a quien está a punto de perderlas”²².

María del Mar Delgado

¹ San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 50.

² San Josemaría, *Surco*, 491.

³ *Mt 13,55; Mc 6,3*.

⁴ *Lc 4, 22*.

⁵ Cfr. *Ex 35,30–36,2*.

⁶ *Ex 35,31*.

⁷ *Ex 35,34*.

⁸ Francisco, Audiencia general, 12 de enero de 2022.

⁹ Francisco, Audiencia general, 12 de enero de 2022.

¹⁰ San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 55.

- ¹¹ San Josemaría, *Camino*, 332.
- ¹² San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 98.
- ¹³ San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 50.
- ¹⁴ *Mt* 20, 28.
- ¹⁵ Cfr. Francisco, Audiencia general, 12 de enero de 2022.
- ¹⁶ Francisco, Exh. Ap. *Evangelii Gaudium*, n. 86.
- ¹⁷ *Ibidem*.
- ¹⁸ Francisco, Exh. Ap. *Evangelii Gaudium*, n. 192.
- ¹⁹ Francisco, Audiencia general, 12 de enero de 2022.
- ²⁰ Francisco, Audiencia general, 19 de enero de 2022.
- ²¹ *Jn* 13,15.
- ²² San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 51.

[Volver al índice](#)

5. El proyecto profesional integrado en la misión

La vida de todo ser humano, incluida la vida profesional, es un camino, hecho de etapas, encrucijadas, curvas, subidas y bajadas, metas, victorias y frustraciones. También la vida de Cristo fue un caminar: pasó por las etapas de crecimiento de la infancia a la madurez, recorrió físicamente Tierra Santa, y desde el momento de su Encarnación en Nazaret empezó un largo camino de subida a Jerusalén para la Pascua.

En nuestro día a día, Jesús camina a nuestro lado de forma misteriosa, como lo hizo con los discípulos de Emaús¹. Nos acompaña en nuestro trabajo e intentamos descubrirlo en las personas con quienes nos relacionamos por nuestra profesión. La formación espiritual, doctrinal, humana, apostólica y profesional que recibimos nos ayuda a mantener vivo este deseo de encuentro con Él, y a realizarlo. Y cuando laboralmente no sabemos por dónde seguir o qué decisión tomar, nos vemos como Tomás apelando a Cristo: “«Señor, no sabemos a dónde vas, ¿cómo podemos saber el camino?»» Le dice Jesús: «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida»”².

Las encrucijadas profesionales

Recorrer el camino de la propia existencia como cristianos significa saber que lo que integra todas nuestras elecciones,

nuestras rutas y nuestros proyectos es la meta: participar de la intimidad divina y acompañar a otros a que la descubran, y “el camino justo es Jesús”³, explica el papa Francisco. Él nos llama, guía, sostiene y acompaña a través de la aparente dispersión de nuestras actividades y responsabilidades diarias.

A pesar del deseo de vivir con fidelidad nuestra llamada a santificar las realidades terrenas, no siempre tenemos una visión clara de cuál es la decisión profesional que mejor lo facilita, especialmente cuando afecta a otros aspectos igualmente importantes en nuestra vida. ¿Conviene aceptar un traslado a otro país, o es perjudicial para mis hijos? ¿Conviene empezar un negocio juntos marido y mujer, o será negativo para nuestra relación? ¿Conviene seguir estudiando para tener más opciones laborales, o es mejor casarnos jóvenes? ¿Conviene reducir mi jornada de trabajo o trasladarme de ciudad por una necesidad apostólica, o en este momento puedo poner en riesgo mi futuro profesional? ¿Conviene que acepte este nuevo puesto de trabajo, que permite un radio de acción más amplio, o en el fondo me mueve una ambición vanidosa o el deseo de evadirme de otras responsabilidades? Y en cada pregunta late un “Señor, ¿qué quieres de mí? ¿Cuál es el camino mejor? ¿Cómo integro mejor matrimonio y trabajo, paternidad y trabajo, apostolado y trabajo, disponibilidad y trabajo...? ¿Dónde me esperas?”.

La respuesta concreta dependerá de las circunstancias, pero siempre hay algunos principios claros que iluminan la elección: la prioridad de las personas sobre las cosas, de la realidad sobre la idea, del conjunto sobre la parte, del bien espiritual sobre el material. Dialogar con los afectados y aconsejarnos con quien conoce la situación familiar, el entorno profesional o

nuestras características personales, y quiere el bien de todas las partes, también nos puede ayudar. Y, en todo caso, volver los ojos a Jesús, “el camino justo”, en la oración, pues “en ese silencio es posible discernir, a la luz del Espíritu, los caminos de santidad que el Señor nos propone”⁴.

Un camino en compañía

En el camino profesional nunca andamos solos. Siempre lo recorreremos con quien tenemos relaciones y vínculos: la familia, los amigos, los colegas. Especialmente caminamos junto a aquellos con quienes hemos comprometido nuestro futuro: el esposo o esposa, los hijos y, en quienes tienen vocación al Opus Dei, las otras personas de esa familia que es la Obra y aquellos a quienes se orienta su acción evangelizadora. Ellos han pasado a ser parte de la propia identidad y de la propia misión.

“Cualquier persona que trabaja y tiene familia ha de esforzarse en equilibrar esas dos esferas, tanto hombres como mujeres, y contar con la ayuda de Dios para santificar sus circunstancias ordinarias”⁵. En algunas profesiones, la presencia en el hogar es quizá más inestable —pensemos en un camionero, una azafata de vuelo o un pescador de altura— y hace falta un compromiso especialmente creativo y compartido.

Otras veces en el camino es preciso ralentizar el paso o recalcular el recorrido, cuando lo necesitan quienes nos acompañan. Quizás suponga una renuncia dolorosa. La sabiduría popular ya señala que quien camina solo llega antes, pero quien camina acompañado llega más lejos. En el contexto actual, en el que la proyección profesional parece en ocasiones la única brújula para orientarse, el único eje alrededor del cual

tomar decisiones, para rehacer cuando sea necesario el mapa de la propia existencia necesitamos actualizar con frecuencia el sentido de la misión, recordar el valor de los vínculos, poner el corazón en los otros tesoros vitales que tenemos, arriesgar confiando en Dios y en los demás y no solamente en la seguridad de tener todo bajo control. “Todo puede ser aceptado e integrado como parte de la propia existencia en este mundo, y se incorpora en el camino de santificación”⁶, señala el papa Francisco.

En otras ocasiones, en la trayectoria profesional surgen obstáculos, o bien atajos, o posibilidades nuevas no previstas. La metáfora del trayecto, del camino, nos habla de tiempo, paciencia, esfuerzos, paradas, y recorrerlo requiere un sentido y una intencionalidad que implican la libertad personal y la iniciativa, el riesgo. Pero también es bueno recordar que Dios se hace el encontradizo, como en Emaús, a través de esas novedades, y que su providencia nos guía y sostiene.

El proyecto profesional, como el camino, es siempre un recorrido abierto, porque no es individualista, está enraizado en la realidad y se abre a las sorpresas de Dios. Todos hemos experimentado que lo que parecía una pérdida con frecuencia abre la puerta a una ganancia mayor. A la vez, es importante que nuestro proyecto sea ambicioso, porque la meta es alta: poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas⁷. Por eso mirar y escuchar a Jesús es imprescindible: quizás en algún momento nos anima a dar media vuelta y regresar, como a los dos discípulos, mientras que en otras ocasiones nos envía a remar mar adentro, como a los Apóstoles.

Levantar la mirada en el camino

Vocación y misión son inseparables en nosotros, como lo son en Jesucristo. Nuestra misión es parte de nuestra identidad y nos define. Somos para Dios y para las almas; nuestra vida es servicio. Podemos decir, como Él, “yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo”⁸.

Necesitamos un corazón abierto, disponible, grande, para realizar lo que el Prelado del Opus Dei sintetiza así: *“Estamos llamados a contribuir, con iniciativa y espontaneidad, a mejorar el mundo y la cultura de nuestro tiempo, de modo que se abran a los planes de Dios para la humanidad: (...) los proyectos de su corazón, que se mantienen de generación en generación”*⁹. San Josemaría lo explica del siguiente modo: *“Que entreguemos plenamente nuestras vidas al Señor Dios Nuestro, trabajando con perfección, cada uno en su tarea profesional y en su estado, sin olvidar que debemos tener una sola aspiración, en todas nuestras obras: poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades de los hombres”*¹⁰.

Esta misión impregna todos los ámbitos de la vida humana: familia, trabajo, amistades, descanso, enfermedad, etc. Y se extiende también a todos los momentos de la propia biografía y a las elecciones que se hacen. Poner a Cristo en el centro de la propia vida y de todas las actividades implica también ponerle en el centro del proyecto profesional: es la luz que permite orientarse en ese camino, hacer las elecciones adecuadas en cada momento.

Así lo explicaba Benedicto XVI en una vigilia de Pascua: “Cristo separa la luz de las tinieblas. En Él reconocemos lo verdadero y lo falso, lo que es la luminosidad y lo que es la oscuridad.

Con Él surge en nosotros la luz de la verdad y empezamos a entender. Una vez, cuando Cristo vio a la gente que había venido para escucharlo y esperaba de Él una orientación, sintió lástima de ellos, porque andaban como ovejas sin pastor (cf. *Mc 6,34*). Entre las corrientes contrastantes de su tiempo, no sabían dónde ir. Cuánta compasión debe sentir Cristo también en nuestro tiempo por tantas grandilocuencias, tras las cuales se esconde en realidad una gran desorientación. ¿Dónde hemos de ir? ¿Cuáles son los valores sobre los cuales regularnos? ¿Los valores en que podemos educar a los jóvenes, sin darles normas que tal vez no aguantan o exigirles algo que quizás no se les debe imponer? Él es la Luz”¹¹.

Integrar para avanzar

La vida profesional comporta hoy un gran dinamismo. Necesitamos detectar y comprender continuamente las necesidades del entorno, no sólo para hacer frente a las exigencias cambiantes del mundo laboral, sino también para servir mejor desde la propia profesión.

Conviene tener en cuenta que el amor, que vivifica y anima el trabajo, es también dinámico: siempre crece, se desarrolla, mejora, empuja en un movimiento ascendente a la persona misma, mucho más allá de sus conocimientos teóricos o técnicos. Ese dinamismo del amor da serenidad a la hora de afrontar desgastes y dificultades. Y ayuda a encontrar la unidad más allá de los conflictos, porque la mirada del amor es integradora y busca el bien.

Una dedicación profesional animada por la caridad no es mero *curriculum*. La formación que adquirimos a través de la misma experiencia profesional santificada repercute en nosotros. Nos

enriquece como personas, nos hace crecer en conocimientos y capacidades, nos da experiencia de humanidad, nos habilita para ocuparnos de cosas muy distintas con flexibilidad, nos hace más reflexivos y decisivos. Y esto a su vez nos ayuda a ocuparnos mejor de la familia, nos permite ampliar el círculo de amistades, nos facilita hacer una tarea evangelizadora más profunda, nos amplía el corazón y la mirada para identificarlos con Cristo. La dedicación exigente y entusiasta a la profesión, vivida con la pasión del servicio y de la misión, no está reñida con una actitud de disponibilidad, de apertura a otras necesidades, sino que facilita que esa disponibilidad sea más completa. Como señala el Prelado del Opus Dei, la disponibilidad “se manifiesta en su plenitud cuando pensamos qué talentos hemos recibido de Dios para ponerlos a disposición de la misión apostólica; nos adelantamos, nos ofrecemos, con iniciativa. Por eso, la disponibilidad no es inmovilidad sino, al contrario, el deseo habitual de moverse *al paso de Dios*”¹².

La realización personal no se reduce a la realización profesional ni depende sólo de ella; la profesión (una determinada) es parte de esa realización, pero no la agota, porque tantas veces cambiamos de ocupación, de profesión. Quien estudia una formación profesional al cabo de los años quizá vuelve a la universidad; quien pierde el empleo se reorienta hacia otro sector; quien se cansa de un trabajo que se ha vuelto monótono convierte una afición en su nuevo modo de ganarse la vida; quien deja de ejercer su profesión unos años por motivos familiares o apostólicos, con el tiempo regresa desde un ángulo nuevo.

Lo que siempre está presente es el sentido profesional, la profesionalidad, en el desempeño de la tarea que nos ocupa en cada momento. Algunas características de esta actitud son, por ejemplo, *“cuidado de los detalles sin perder la visión de conjunto, teniendo presente el modo en que nuestro trabajo condiciona el de los demás, cultivo de las relaciones que se entablan a propósito del trabajo, disposición y generosidad para formar a otros, que puedan progresar más allá de nosotros, contribuir a solucionar los problemas comunes, poniendo las últimas piedras”*¹³.

La vocación profesional, pues, se integra en un proyecto vital más amplio, en la vocación recibida de Dios por cada persona, que es luz para ver y fuerza para querer¹⁴ ante las situaciones cotidianas. Esta luz y esta fuerza, alimentadas por la oración y la formación, nos ayudan a colocar la tarea profesional en su lugar, a discernir, desear y elegir lo mejor. Así procuramos evitar la mediocridad y el conformismo que puede generar la comodidad de un sueldo asegurado; o la excesiva dedicación que convierte el trabajo en lugar de evasión, en el que no entran las realidades del propio hogar, donde no importa alargar la hora de regresar a casa; o la reducción de la profesión a un proyecto individualista donde desarrollar la propia personalidad al margen de los demás.

Los caminos de Dios

Es común en la vida de muchas personas que, por motivos personales, familiares o sociales, se deje la propia profesión para dedicarse a otras tareas: en otras palabras, es la vida la que nos guía en la determinación de la propia profesión, y no tanto los estudios que se han realizado o la capacitación

alcanzada. En estos casos la preparación profesional adquirida se pone al servicio de la nueva tarea profesional, donde se desarrolla la propia misión: como hicieron los apóstoles llamados a orillas del mar de Galilea, a quien Cristo les dice “Yo os haré pescadores de hombres”¹⁵.

Así lo explicaba san Josemaría: “La vocación profesional es algo que se va concretando a lo largo de la vida: no pocas veces el que empezó unos estudios, descubre luego que está mejor dotado para otras tareas, y se dedica a ellas; o acaba especializándose en un campo distinto del que previó al principio; o encuentra, ya en pleno ejercicio de la profesión que eligió, un nuevo trabajo que le permite mejorar la posición social de los suyos, o contribuir más eficazmente al bien de la colectividad; o se ve obligado, por razones de salud, a cambiar de ambiente y de ocupación”¹⁶.

No es la materialidad de lo que hacemos lo que imprime sentido y valor a nuestra labor, sino su relación con el bien humano y espiritual de la persona que trabaja y de aquellas otras con las que entretanto se relaciona¹⁷. Esto nos hace entender que es la caridad lo que da la medida justa del sentido y el valor de la dedicación al trabajo. “Es preciso entender y vivir la plena disponibilidad como libertad, en el sentido de no tener más atadura que el amor (es decir, no estar atados necesariamente a un trabajo, a un lugar de residencia, etc., sin dejar por eso de estar bien arraigados donde estemos). Lo que nos hace libres no son las circunstancias externas, sino el amor que llevamos en el corazón”¹⁸.

Esa misión apostólica que el Señor nos ha confiado, de hacer divinos todos los caminos de la tierra, nos hace luz para los demás, especialmente en y desde nuestro trabajo. “Ojalá

puedas reconocer cuál es esa palabra, ese mensaje de Jesús que Dios quiere decir al mundo con tu vida. Déjate transformar, déjate renovar por el Espíritu, para que eso sea posible, y así tu preciosa misión no se malogrará. El Señor la cumplirá también en medio de tus errores y malos momentos, con tal que no abandones el camino del amor y estés siempre abierto a su acción sobrenatural que purifica e ilumina”¹⁹.

Alba Canet y Susana López

¹ Cfr. *Lc* 24,13–35.

² *Jn* 14,5–6.

³ Francisco, “*Haciendo camino*”, homilía en Santa Marta, 3 de mayo de 2016.

⁴ Francisco, *Gaudete et exsultate*, n. 150.

⁵ Paula Hermida, *Cristianos en la sociedad del siglo XXI. Entrevista a Fernando Ocáriz*, Cristiandad, Madrid 2020, pp. 47–48.

⁶ Francisco, *Gaudete et exultate*, n. 26.

⁷ Cfr. San Josemaría, *Carta n. 6*, n. 12c.

⁸ Cfr. *Jn* 18,37.

⁹ Fernando Ocáriz, *Carta Pastoral 14 febrero 2017*, n. 8.

¹⁰ San Josemaría, *Carta 15–X–1948*, n. 41, en E. Burkhart, J. López, *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de San Josemaría*, I, Rialp, Madrid 2010, p. 428. Cfr. Forja, n. 678.

¹¹ Benedicto XVI, Homilía en la Vigilia Pascual, 11–IV–2009.

¹² Fernando Ocáriz, *Carta pastoral 28 octubre 2020*, n. 11.

¹³ Ana Marta González, “Mundo y condición humana en san Josemaría Escrivá. Claves cristianas para una filosofía de las ciencias sociales”, en *Romana* nº 65, julio–diciembre 2017.

¹⁴ Cfr. Fernando Ocáriz, *Carta 28 octubre 2020*, n. 2.

¹⁵ *Mc* 1,17.

¹⁶ Cfr. san Josemaría, *Carta 15-X-1948*, n. 33; recogido en BURKHART-LÓPEZ, *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de san Josemaría*, III, Rialp, Madrid 2010, p.180.

¹⁷ Cfr. san Josemaría, *Carta 29-VII-1965*, n. 13.

¹⁸ Fernando Ocáriz, *Carta pastoral 28-X-2020*, n. 11.

¹⁹ Francisco, *Gaudete et exultate*, n. 24.

[Volver al índice](#)